

Bastillas y otros puntos de fuga

Jorge Edwards



Escribo un día después del 14 de julio. Es decir, bajo la influencia del aniversario de la toma de la Bastilla, el gran símbolo, el monumento al despotismo del Antiguo Régimen, el Ancien Régime, destruido, pulverizado, borrado de la historia moderna por los revolucionarios franceses.

Lo que jamás consiguió la Revolución Francesa, en su poesía, en su esplendor, en sus marchas triunfales, fue que los franceses se olvidaran de su pasado, de la belleza de sus catedrales, de la poesía de su Edad Media, del genio de personajes como Rabelais, Montaigne, Descartes o Napoleón Bonaparte. Nosotros somos capaces de olvidarnos de nuestra historia, y si tuviéramos maravillosas fachadas de piedra, como la de Chartres, la de Notre Dame de París, la de Saint Denis, la de Reims, las habríamos llenado de pintadas de todos los colores del arcoíris, y de garabatos mal dibujados. La barbarie ejerce sobre nosotros una atracción inexplicable y uno de nuestros intelectuales más inspirados, Jenaro Prieto, fundador del grupo de Los Diez, pensó que nos podía bautizar como Tontilandia. Muy a menudo, cuando observo la conducta de los alumnos de nuestro Instituto Nacional, llego a decirme que merecemos el nombre. Siempre, en los momentos peores, me digo que es una cuestión de respeto, de amor colectivo a la belleza, a las tradiciones mejores. Algunos de los alumnos destruyen sus escuelas, y dicen por ahí, pero no creo que sea verdad, que son capaces de tirarles bombas molotov a sus profesores. Confieso que no tengo respuestas, porque la gente de pensamiento que existió en algún momento entre nosotros fue capaz de respetar a un emigrado —venezolano para más señas— que se llamaba Andrés Bello, y permitirle que construyera las bases jurídicas, civiles, de nuestra República. En otras palabras, nuestro estado de derecho. Ustedes los chilenos tuvieron mucha suerte, me dijo hace poco un gran historiador mexicano. Durante los funerales nacionales que se le hicieron al ilustre caraqueño a su muerte, en 1865, estudiantes suyos destrabaron los caballos que arrastraban la carroza mortuoria y la arrastraron ellos mismos hasta el cementerio. ¿Qué habrían hecho los estudiantes de ahora, en su condición de ciudadanos de Tontilandia?

El espíritu de Jenaro Prieto, de Pedro



Encapuchado sobre el techo del Instituto Nacional, julio de 2019.

Prado, de Alfonso Leng y de Acario Cotapos, que flotaba sobre la Torre de los Diez, fue barrido por los ventarones de los últimos inviernos. Reviso escritos de Juan Godoy, el angurriente. Era profesor titular del Instituto Nacional, y sus alumnos mejores, como Óscar Hahn, Miguel Arteche o Pedro Lastra, lo respetaban, lo querían, y consideraban que conversar con él después de las clases de la tarde

era un privilegio extraordinario, algo que se agradecía durante el resto de la vida. ¿Dónde se extravió ese Chile? ¿Cuándo y en qué encrucijada perdió el rumbo? He pensado proponer a colegas de vida literaria que regalemos libros a la biblioteca del instituto, y que lo hagamos sin la menor publicidad, en un acto tan gratuito y tan casi absurdo que parezca una acción surrealista. Ya que estamos tan cerca de otro 14 de julio podríamos hacerlo, a lo mejor, en homenaje a Jean Arthur Rimbaud, a François Villon, a Stéphane Mallarmé, al desesperado Pezoa Véliz, a los angurrientos de este mundo, y sin excluir para nada a Pablo de Rokha, Perico de los Palotes, como le gustaba llamarlo en sus años crepusculares a Pablo Neruda. Respeto, en resumidas cuentas, al Chile del respeto, al de los estudiantes que arrastraban la carroza de don Andrés, y que no se avergonzaban de admirar y hasta de amar a sus mayores más capaces de transmitir auténtica sabiduría. En “Conversación en la catedral”, auténtico clásico latinoamericano, el narrador se



La literatura de verdad consiste en no tener respuestas, en saber que no se sabe, lo cual es la forma superior de la sapiencia”.

preguntaba cuándo había comenzado la destrucción de su país, esto es, cuándo había desaparecido el país de los Andrés Bello, el de los constructores jurídicos inspirados. Y yo, décadas más tarde, perplejo, agobiado por los porfiados hechos, me digo para mis adentros, en un susurro, en algo parecido a una confesión, que la literatura de verdad consiste en no tener respuestas, en saber que no se sabe, lo cual es la forma superior de la sapiencia. Siempre acompañado de una sonrisa, y de unos hombros que se encogen, porque no tienen más remedio. El que contó el episodio de los estudiantes de la carroza de don Andrés es un hijo de don Gonzalo Bulnes, historiador de antiguas guerras, la de la Confederación y la del Pacífico, y lo contó porque ahí se encontraba, y narraba lo que había visto con sus propios ojos. Era un Chile desaparecido, y me gustaría resucitar para decirlo, porque no puedo callarlo, y me siento como ese pobrecito hablador que había inventado, antes de pegarse un tiro en los faldeos del río Manzanares, don Mariano José de Larra, que en paz descanse. Y Miguel de Montaigne, el Señor de la Montaña, antepasado directo de Larra y de Azorín, y quizá de Fernando Savater, y de algunos otros de nosotros, escribía en una de las vigas del piso más alto de su torre de Aquitania: “Je m’abstiens”, y si lo escribía era porque no tenía más remedio que abstenerse, y qué otra cosa demos pedirle, aparte de un poco de silencio.

Juan Pablo Schwencke

Socio Aninat Schwencke & Cía.



Cautelar la confianza

Carlos Peña nos enseñaba en su primer curso de derecho civil en la Universidad de Chile, por allá por el año 1989, que en esencia el Estado es al que la sociedad le entrega el monopolio de la fuerza para que resuelva nuestros conflictos. Sobre el Estado como monopolizador de la fuerza existe una aceptación generalizada. Por el contrario, sobre los otros roles del Estado (promotor, benefactor, empresario, regulador), existen las más variadas interpretaciones, que han dado lugar a las luchas ideológicas más profundas (guerras, hambres y muertes mediante). Pero en su versión de mayor consenso —Estado monopolizador de la fuerza—, el botín ya es muy atractivo.

¿Qué subyace en la base de todo rol que tiene el Estado? Hay muchos trazos, pero quizá el mayor es aquel de depositario de nuestra confianza para resolver los asuntos en que nuestros intereses individuales no siempre son los mejores consejeros o no coinciden con los intereses colectivos. Por esta razón, la importancia de quienes ejercen esa confianza: políticos, jueces, carabineros, militares, funcionarios, servicios, etc. Y, por lo mismo, toda acción u omisión que afecta esa confianza en el Estado deteriora tanto la relación de compromiso que la sociedad ha construido.

La sociedad hace un acto de fe en favor del soberano (monarca antes, Estado hoy). Corcoveamos, saltamos y protestamos. Sobre todo cuando en nuestra juventud tomamos consciencia de lo mucho que estamos entregando: la esfera pública queda en otras manos y nuestra autonomía queda limitada a nuestras relaciones privadas. Dado lo anterior, la importancia desde Grecia (Pistis) y Roma (Fides) de la personificación de la confianza y la buena fe. Sin confianza, las fracturas y deterioros son mayúsculos. Confianza y compromiso, ante ideales abstractos (país, por ejemplo), están en la base de nuestra manera de relacionarnos como especie. Pero para que la confianza no abra camino a la conspiración, como nos advirtió Shakespeare hace siglos, no debemos ser cándidos y estar siempre alertas para contar con mecanismos que permitan escrutar actos y omisiones de funcionarios públicos y privados, con el objetivo de sancionar a quienes quiebran la confianza, además de realizar mejoras institucionales, incluso con anticipación, sobre la base de experiencias comparadas (sobran ejemplos y no tan lejos...), o tan pronto aparezcan necesarias.